

Peregrinación a Caravaggio – 1 de octubre de 2016
Jubileo de la Misericordia
«Señor, yo soy un pecador: ven con tu misericordia» (Papa Francisco)

1) El Año de la Misericordia. ¡Cuánta gracia!

¡Qué gratitud sin fin por Su misericordia a lo largo de todo este año! Cada uno puede aprovechar este momento para ser todavía más consciente de todas las veces que durante estos meses se ha visto alcanzado por la misericordia de Cristo, por su ternura infinita.

Escuchemos lo que nos dice el papa Francisco: «En medio de nuestros pecados, nuestros límites, nuestras miserias; en medio de nuestras múltiples caídas, Jesucristo nos vio, se acercó, nos dio su mano y nos trató con misericordia. ¿A quién? A mí, a vos, a vos, a vos, a todos. Cada uno de nosotros podrá hacer memoria, repasando todas las veces que el Señor lo vio, lo miró, se acercó y lo trató con misericordia. [...] Y eso es lo que Pablo llama doctrina segura –¡curioso!–, esto es doctrina segura: fuimos tratados con misericordia» (*Videomensaje con ocasión de la celebración del Jubileo de la Misericordia en el continente americano, 27-30 agosto 2016, Bogotá, Colombia*).

A la luz de esta preferencia única de Cristo por nosotros, se pone de manifiesto también toda nuestra distracción. Qué distinto es ese «buscarle día y noche» y esa tensión que hemos recordado que tenía María Magdalena: «Por la noche buscaba al amor de mi alma» (Ct 3,1). Cada uno de nosotros sabe que muchas veces dominan otros intereses, otras preferencias, en lugar del «no anteponer nada al amor de Cristo» (cf. RB 4,21).

Quizá ahora podamos darnos cuenta mejor de la diferencia con la que nosotros, en muchas ocasiones a lo largo de este año, nos hemos tratado unos a otros. ¡Cuántas discusiones encendidas, cuánta violencia, a veces incluso rencor!

«Cuando nos olvidamos cómo el Señor nos ha tratado, [...] nos invade una lógica separatista [...]. Fracturamos el presente construyendo “bandos”» (Del *Videomensaje con ocasión de la celebración del Jubileo de la Misericordia en el continente americano, 27-30 agosto 2016, Bogotá, Colombia*).

¡Cuánta impaciencia, sin darnos tiempo para comprender el cambio de época que estamos atravesando! ¡Qué poca disponibilidad a escucharnos, a abrirnos a la perspectiva del otro, confundiendo la verdad con la costumbre! Pero si no estamos disponibles entre nosotros, ¿cómo podremos estarlo con los demás?

Si somos leales, tenemos que reconocer con dolor algunos signos de nuestra falta de disponibilidad: ataque a la unidad de una experiencia que nos precede; predominio de las contraposiciones de ideas sobre la pertenencia vivida; vaciamiento de la ontología del hecho cristiano hasta identificarlo con un conjunto de ideas y reglas definidas por nosotros; reducción del carisma a inspiración, sin seguimiento real.

Hay quien ha llegado incluso a contestar el magisterio del Papa, algo inconcebible en una realidad como la nuestra. Quizá debamos admitir nuestra presunción, que se puede

manifestar de muchas formas, como nos dijo don Giussani en 1992: «Cada uno puede hacer del carisma y de su historia lo que quiera: reducirlo, hacer de él una lectura parcial, (convirtiéndolo así en algo monstruoso), plegarlo al propio gusto vital o al propio cálculo, abandonarlo por negligencia, testarudez o superficialidad o dejar que revista acentos en los que nuestra persona se encuentre más a sus anchas, más a su gusto, y le cueste menos esfuerzo» (L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, p. 68).

2) «Señor, yo soy un pecador»

Todo esto, todas estas circunstancias en las que nuestra presunción ha herido al cuerpo de nuestra gran Fraternidad como consecuencia de no buscar a Cristo día y noche, puede ayudarnos a vivir este momento como un gesto en el que seamos protagonistas – estamos muy necesitados–, sin reducirlo a un puro acto formal o piadoso.

Venimos aquí, a los pies de la Virgen, con esta conciencia. Venimos como mendigos de misericordia. Venimos todavía más conscientes de que estamos necesitados. «Pidamos a la Virgen María [...] que nos dé valor para reconocernos pecadores y necesitados de su misericordia, sin miedo a abandonar nuestra mano entre sus manos maternas» (Francisco, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2014).

Porque solo cuando no reducimos nuestro mal, mucho más cuando no lo justificamos, podemos darnos cuenta de la novedad de Su misericordia, necesaria para no dejar nada atrás, para no ser aplastados bajo el peso de nuestro mal, para no tener que censurar nada. Y entonces nos llenamos de asombro ante Él: «Pero, ¿cómo? Con todo lo que he hecho y sigo haciendo, ¿tienes todavía piedad de mí, de nosotros, Cristo?». ¡Qué conmoción! «Del amor nadie escapa», decía un preso brasileño. «Tú vales mucho más que tus acciones», diría Paul Ricoeur (*La memoria, la storia, l'oblio*, Cortina, Milán 2003, p. 702).

Estamos aquí para mendigar la conversión de nuestro corazón, es decir, una mirada verdadera sobre nosotros mismos que nos permita retomar el camino.

3) ¿Cómo responde Él a nuestra necesidad?

«En nuestro corazón siempre surge la infidelidad, incluso ante las cosas más bellas y verdaderas, de tal modo que, aún delante de la humanidad de Dios y de la original sencillez del hombre, este puede fallar por debilidad o prejuicios mundanos, como Judas y Pedro», dijo don Giussani el 30 de mayo de 1998 (L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 14).

Nos lo recuerda el profeta Ezequiel: «Pero tú [Jerusalén], confiada en tu belleza, te prostituiste; valiéndote de tu fama, prodigaste tus favores y te entregaste a todo el que pasaba. [...]».

Y entonces, al igual que ahora, el Señor nos dice por boca del mismo profeta: «Pero **yo me acordaré de mi alianza** contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo una **alianza** eterna [...] para que te acuerdes y te avergüences y no te atrevas nunca más a abrir la boca por tu oprobio, cuando yo te perdone todo lo que hiciste» (Ez 16,15.60.63). A pesar de nuestros pecados, Dios no rompe su alianza. La razón última

se la recuerda san Pablo a su amigo Timoteo: «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2Tm 2,13). Dios no puede negarse a sí mismo: esta es nuestra esperanza.

¿Cómo llega a nosotros Su misericordia? Giussani nos lo muestra de una forma conmovedora, identificándose de nuevo con la figura de María Magdalena: «De repente el sentido de la vida se embota; y el círculo se cierra, fríamente, en torno a nosotros: egoísmo... Ya no se busca a la persona, la única por la cual el alma se rompe y se abre, se dona. Se sacrifica... La Magdalena rompió el vaso de alabastro: ‘desperdió’ el perfume, lo donó. Todo don es pérdida. Amar verdaderamente a una persona parece como un desperdicio de nosotros mismos, de energías, de tiempo, de cálculo, de cuentas, de gustos. Los demás, ante el gesto de la Magdalena, menearon la cabeza: ‘¡Loca! ¡Sin criterio! ¡Sin interés!’ . Pero en aquella sala solo ella ‘vivía’, porque solo se vive si se ama [...]. Ese abrirse a otros, a los demás, a todos los demás, a través de la cáscara rota del propio yo; normalmente hay un **rostro** que tiene la **función de romper la corteza de nuestro egoísmo**, de mantener abierta esta maravillosa herida, un rostro que es el que suscita y estimula nuestro amor; nuestro espíritu siente florecer su generosidad al contacto con él, y a través de ese rostro se dona, en oleadas, a los demás, a todos los demás, al universo» (Apuntes manuscritos de don Giussani, en *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 155).

Para abrir una grieta en la corteza de María, Dios no usa la violencia. Es un rostro lo que suscita y estimula su amor. Lo único adecuado para desafiar la libertad de aquella mujer es una mirada. Ese rostro, esa mirada llena de misericordia, es el culmen del testimonio de Dios, es su ternura por nosotros. Cristo responde a nuestra necesidad ilimitada plegándose a pasar a través de la libertad. A nosotros nos corresponde acoger su misericordia incondicional, que puede llegar a través de la persona que uno menos se esperaría.

«Esta mañana he entrado en clase con una herida, porque ayer uno de mis alumnos me dijo: “Pero, ¿qué te pasaba ayer? ¿Estabas enfadado con nosotros?”. Yo no estaba enfadado con ellos, pero la verdad es que no estaba presente, porque había perdido las llaves de casa y estaba preocupado. Me ha impresionado que él se diese cuenta de que a mí me pasaba algo, y esto me ha provocado mucho, porque quiere decir que no es verdad que todo dé igual, que no es verdad que tú puedas estar presente o no. Esta mañana he llevado conmigo esa exigencia de estar presente que él me ha planteado, la urgencia de que yo esté en clase presente en ese instante, y no con la cabeza en otra cosa. Al entrar en clase me he sobresaltado al percibir que yo tengo necesidad de él para estar presente, que yo necesito sus rostros para estar presente, y esto es sencillo y muy liberador. He podido entender un poco más lo que nos has dicho en Cervinia: que “el movimiento es la forma, la modalidad a través de la cual Cristo nos ha alcanzado, nos ha fascinado, nos ha aferrado, es el modo con el que el cristianismo se ha vuelto interesante para nosotros, con el que Cristo se ha convertido en una presencia real en nuestra vida. Y nosotros lo hemos descubierto a través de la experiencia, por la capacidad que tiene Cristo de atraernos, de fascinarnos y, a través de la pertenencia, de cambiar nuestra vida. Pero esta dinámica no se detiene nunca, porque las circunstancias cambian constantemente. Por eso la Iglesia necesita siempre escrutar los signos de los tiempos para buscar la forma adecuada del testimonio”. Hoy sorprende una atención hacia mí que nunca me había imaginado; siempre había pensado que estar presente dependía de mí, y en parte es verdad, pero hoy he descubierto que hay alguien que

necesita que yo esté presente, y yo necesito de esa persona para estarlo. Es fascinante esta experiencia, es una reciprocidad que me marca. No es que yo sepa cuál es el bien de este chico, pero hoy sé que soy un bien para él por la pasión que tengo por mi vida. Tengo que responder a esta pregunta, no procurándole el bien que yo creo que necesita, sino haciendo lo que he hecho esta mañana; ayer estaba en clase pero no estaba presente, esta mañana sí que lo estaba, y esta actitud mía es un bien para él, lo he visto al ver hoy su sorpresa».

4) Sin misericordia no existe camino

Si Él no tomara la iniciativa con nosotros una y otra vez, no existiría la posibilidad de un camino. En una relación no existe camino sin la misericordia. Lo sabemos muy bien: ninguna relación tendría posibilidad de durar sin perdonar y sin ser perdonados. Y si cada uno de nosotros no se deja abrazar de nuevo, si no se deja perdonar de nuevo, no seremos capaces de abrazarnos y de perdonarnos solos. En esto el Misterio se nos revela como misericordia, como dice don Giussani: «El punto en el que se nos revela el Misterio como misericordia es un Hombre nacido de mujer, que rompe todas las imágenes y los esquemas limitados que podemos formarnos con nuestra imaginación» (L. Giussani, *Crear huellas*, op. cit., p. 174). Lo que puede hacernos vivir no es un discurso sobre la misericordia, sino la relación con una Presencia, y por ello uno se abandona en los brazos de Otro; es un abandono, como dice Giussani: «El hombre solo puede abandonarse. Este abandono le permite experimentar el amor del Misterio como fuerza que lo “absorbe”, que lo recrea. Es una confianza absoluta, un abandono absoluto, un abandono comparable al que experimentó María en el instante en que “el ángel se retiró”» (*Ibidem*, p. 169).

Por eso no entiendo cómo se puede pensar en hacer un camino sin volver al «sí» de Pedro. Si no lo hacemos, ¿cómo podremos volver a empezar? No existe posibilidad de moralidad, ni posibilidad de apego sin una presencia. Sin Presencia no existe moralidad. Por eso, una «historia concreta [...] es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad» (*Ibidem*, p. 80). Porque la misericordia es una persona, la misericordia tiene un rostro: se llama Jesucristo y se desvela en la relación contigo como se desvelaba en la relación con Pedro; con todas sus equivocaciones, sus caídas, sus tradiciones, nada de esto fue una objeción. Nada de esto es una objeción. La única verdadera objeción es el escepticismo: «¡Quién sabe!».

Por eso nosotros solo podremos retomar el camino si Él nos vuelve a pegar a sí. Solo de este modo podremos comprender que «la misericordia no es una palabra humana. Es idéntica a Misterio –es el Misterio del que proviene todo, que lo sostiene todo, en el que todo va a terminar– en cuanto se comunica ya a la experiencia del hombre» (*Ibidem*, p. 170). Todas nuestras imágenes, todas nuestras medidas saltan frente a este continuo desvelarse del misterio ilimitado de la misericordia, desafiando cualquier excusa que nos hace decir: «no es posible» una misericordia así.

Solo quien cede a este abrazo puede vencer la lucha contra la pretensión de autonomía, por la experiencia continuamente renovada de que nuestro yo es relación con Otro, de que yo solo soy verdaderamente yo en la relación con el Misterio presente. La autonomía es como no ceder a esta mirada de misericordia que nos ha alcanzado y que llevamos con nosotros.

5) Misión

«El mundo fue conquistado para el cristianismo, en última instancia, por esta palabra que lo resume todo: “misericordia”» (*Ibidem*, p. 147). De la experiencia de esta continua misericordia pueden surgir formas nuevas de presencia que el mundo de hoy necesita.

En su último libro, Benedicto XVI dice: «Está claro que la descristianización de Europa avanza, que el elemento cristiano desaparece cada vez más del tejido de la sociedad. Como consecuencia de ello, la Iglesia debe encontrar una nueva forma de presencia, debe cambiar su forma de presentarse. Se hallan en curso grandes cambios, pero no se sabe todavía en qué punto se podrá decir con exactitud que empieza uno u otro» (*Ultime conversazioni*, a cura di Peter Seewald, Garzanti, Milán 2016, p. 218).

Y dice también: «En realidad, lo importante es que nosotros anunciemos la fe no solo con formas bellas y auténticas, sino que aprendamos a comprenderlas y a expresarlas de un modo nuevo para el presente, y se forme así un nuevo estilo de vida. Y es esto lo que sucede, precisamente, gracias a la Providencia, gracias al Espíritu Santo, en los institutos y movimientos religiosos modernos. En estos movimientos se dan formas en las que la vida de la Iglesia se presenta de un modo nuevo. Si, por ejemplo, hago una comparación entre [...] las Memores [que viven con Benedicto XVI] y las monjas de antaño, reconozco un gran impulso hacia la modernización. En pocas palabras: allí donde la fe es activa y vital, donde no vive en la negación sino en la alegría, ella encuentra también nuevas formas. Para mí es una fuente de gran alegría que en los nuevos movimientos la fe se presente de forma distinta renovando el rostro de la Iglesia» (*Ibidem*, p. 208).

En la Página Uno de *Huellas* de septiembre hemos hablado de la «forma del testimonio»: «Nosotros no vivimos por el aire, vivimos en las circunstancias, delante de los desafíos, en un momento concreto del tiempo. Por eso la forma del testimonio puede ser distinta, porque se determina en relación con las circunstancias históricas. Esto no significa renunciar al origen de nuestra experiencia, sino que este origen se encarna en las circunstancias históricas, de modo que podamos verificar si dicha experiencia resiste la evolución de los tiempos, la presión de los cambios» (J. Carrón, «La forma del testimonio», *Huellas* n. 8/2016, p. II).

La **misericordia** aparece históricamente como lo contrario de la **revolución**. De hecho, es una presencia totalmente positiva en la vida del mundo: «La capacidad de misericordia se expresa en la sensibilidad que se tiene hacia el bien, en la certeza de que el bien vence con la fuerza de Cristo: “Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza”, “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”» (L. Giussani, *Crear huellas*, op. cit., p. 147).

De este modo se realiza la verdadera revolución, la única que no necesita más poder para llevarse acabo que la «certeza de que el bien vence con la fuerza de Cristo»; se trata de una experiencia imposible para el hombre, pero que se convierte en experiencia real a través de la misericordia: es el perdón. «Perdonar quiere decir abrazar como propia, como parte de uno mismo, la diferencia del otro. La misericordia quiere decir esto: quiere decir la actitud de adhesión, de abrazo, ¡como la de la madre hacia el niño!... Se mira a la otra persona hasta llegar a su corazón, a su verdad, a su relación con Dios, es decir, con Cristo, porque ha sido llamada por Cristo al igual que yo, y entonces uno la abraza, la acepta como parte de su camino –cualquiera que sea la diferencia que existe, forma parte de mí–.... ¿Cuál es el pretexto que tenemos normalmente para no estimar al otro, y por tanto para no amarlo? El pretexto es una falta de respeto a su libertad, porque la libertad del otro es el modo con el que su relación con el infinito se traduce en los términos cotidianos de las circunstancias que

debe afrontar» (FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN (FCL), Milán, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímni, 30 marzo-1 abril 1984).

Por eso nos conviene seguir al Papa, que no se cansa de reclamarnos a la posición justa frente al mundo, que tiene una necesidad ilimitada de encontrar a Aquel que está entre nosotros: «A Dios-Amor se le anuncia amando: no a fuerza de convencer, nunca imponiendo la verdad, ni mucho menos aferrándose con rigidez a alguna obligación religiosa o moral. A Dios se le anuncia encontrando a las personas, teniendo en cuenta su historia y su camino. El Señor no es una idea, sino una persona viva: su mensaje llega a través del testimonio sencillo y veraz, con la escucha y la acogida, con la alegría que se difunde. No se anuncia bien a Jesús cuando se está triste; tampoco se transmite la belleza de Dios haciendo solo bonitos sermones. Al Dios de la esperanza se le anuncia viviendo hoy el Evangelio de la caridad, sin miedo a dar testimonio de él incluso con nuevas formas de anuncio» (*Homilía, Jubileo de los catequistas*, 25 septiembre 2016).

Nos lo testimonia con sencillez desarmante un joven amigo nuestro:

«Cuando vuelvo a pensar en lo que ha supuesto para mí la experiencia del *equipe* de GS, pienso en el nuevo “acontecer” de un encuentro, de una amistad grande que conquista continuamente mi vida. Empezando en primer lugar por los amigos de mi comunidad, nuestra amistad no daba nada por descontado, sino que se abría a la novedad, a la frescura de conocer personas nuevas con una vida y una experiencia distinta de la nuestra, con autenticidad y sencillez... El diálogo entre nosotros abría a un encuentro, era un “puente” con el otro. Un encuentro que es una afirmación de la promesa de Cristo de no dejarnos nunca solos, de su presencia viva y “carnal” en la existencia de cada uno, que cada día me hace decir, como ha escrito mi amiga Stella: “¿Quién eres Tú, que me faltas?”. ¿Quién eres Tú, presencia viva que mi corazón desea porque es consciente de que yo, sin Ti, no puedo hacer nada?

El *equipe* ha puesto de nuevo ante mis ojos el encuentro que había tenido hacía algunos años con la compañía de GS, cuando toda la sed de vivir que llenaba y llena mi corazón parecía ser comprendida, amada, tomada en serio. No es que antes no creyese, iba a misa todos los domingos, seguía las actividades de la parroquia, pero fue a través de esa experiencia arrolladora como yo presentí, a través de personas y hechos, que existe un lugar en el que toda mi sed de verdad es mirada con sinceridad, y donde yo soy “más yo”, porque hay Uno que me ha llamado amigo; Uno que ha tenido piedad de mi nada hasta dejarse clavar en una cruz. Desde ese momento no me he parado, la vida me estalla dentro del corazón y cada día se convierte en el momento de verificar el encuentro, “sin separarse un milímetro de la realidad”, como nos decía Carrón durante la asamblea del sábado por la mañana.

Yo necesito volver a tener ese encuentro, necesito vivir de verdad, ya no me conformo. La escuela, los amigos, la música, el deporte: en todo ello la realidad me desafía a encontrar esa “limadura de verdad” que corresponde a mi corazón. Desde aquel encuentro con una Belleza más grande en la realidad, en mi existencia, he empezado a vivir de verdad, a la altura del deseo, y no según mis pensamientos, porque quiero “gozar” de todo, quiero “jugarme la vida” a lo grande no de modo ideal, sino en esta realidad que se me da, que es un continuo campo de batalla, pero donde me he encontrado con Él y donde pido que vuelva a suceder cada día ese encuentro. El *equipe* ha sido la ocasión de hacer memoria de esto, un trampolín que me lanza para seguir caminando con más decisión, porque “camina el hombre cuando sabe a dónde va”».

Pidamos a la Virgen esta sencillez de corazón para ser grandes como niños que saben a dónde van.